

Literatura Argentina

Para tranquilidad de los suspirantes, diré, como los majos oradores, que no soy crítico, que he leído poquísimo a los clásicos y que la estética no me impresiona grandemente, razón por la cual no hablarán ustedes en mis artículos citas de autores célebres, ni enseñanzas que pudieran ser de alguna utilidad para los que creen en la alta misión de la crítica, ni un gran estilo, ni la preocupación por dármeles de erudito de que hacen gala con frecuencia las personas que recomiendan o execran la lectura de algún libro desde las columnas de los diarios.

Pero sucede que un amigo —o dos, como en este caso— escriben una obra. Uno la recibe, y como se trata de un compañero a quien estima, antes de abrirla sufre pensando que si el libro es malo el pobre muchacho va a caer en el ridículo, o, lo que es peor, en el vacío.

Abriendo el volumen, leemos aquí y allá un párrafo, una página; después todo el libro, y claro, si es



Ricardo Tudela

bueno, tiene que decirse, para satisfacción personal y como una reparación al camarada...

El caso de Ricardo Tudela no es menos interesante que el de Ernesto Morales, y digo "caso" al hablar de estos dos jóvenes escritores argentinos, porque uno y otro llegan al límite de la madurez intelectual marcando una evolución que bien merece anotarse.

Tudela es un hombre estudioso, culto y desconcertante. Su lema dijérase que cabe en una frase, en un concepto: vivir; vivir intensamente, apasionadamente. Todo le interesa: la política, la literatura, el periodismo, los pequeños y los grandes problemas humanos; los problemas abstractos; el más allá, Dios.

Cuando uno habla con él, advierte la inquietud de su espíritu. Una noche hace el elogio del restorán naturalista; otra, lo asalta el deseo de lanzarse al suburbio, donde ha descubierto un rincón tenebroso, sórdido y pintoresco.

Abomina de los ascensores, del bullicio, y en medio de esto huye de la monotonía, de la mediocridad de ciertos ambientes urbanos.

Ordenado, sobrio, sereno, pero infinitamente curioso; curioso como un chico que quisiera experimentar todas las sensaciones y meterse en todos los sitios, ¿qué tiene de extraño que él, que es artista, haga piruetas de artista y escriba un libro en el que, según propia confesión, dice lo que a uno le parece que no debe ser dicho?

Tudela es un romántico dotado de cualidades de hombre de acción. En las luchas políticas recorrió su provincia —Mendoza— desparramando ardor cívico y versos a ochenta kilómetros por hora, y de esta mezcla de luchador y contemplativo que él ha amalgamado con la cal viva de la curiosidad, de la inquietud, nació el libro piruetero y triste que, como un tributo a las corrientes literarias que hoy se disputan el mundo de los lectores, lanza a la circulación.

Leyendo "El Inquilino de la Soledad", de Ricardo Tudela, se le ocurre a uno pensar en esos hombres que, para ponerse al nivel mental de las personas que llevan hechas algunas libaciones, coge su copa y la vacía precipitadamente hasta experimentar el mareo.

"¿Loca nuestra literatura? —escribe— Es lo nuevo, hijo del combate del siglo. Ya verás lo porvenir que madura. En esa frase trunca, borracha, como ida, grita un sentido nuevo, alerta y dinámico".

El noble Tudela, en medio de tanto color, deja entrever una tristeza de poeta, grande y sincera; una nostalgia del campo que él cantó bellamente; nostalgia de cordillera, de hierba olorosa, fresca.

"¿Es tiempo de vendimia? Claro. Viajaban los cerros en la agonía de la tarde. Un alma buscaba paisajes y otra venía de encontrarlos".

Después el hombre parece arrepentirse y traza notas como éstas: "Papel carbónico —agonía de la tar-

de— que el recuerdo calca en la ternura enferma. Una cinta de máquina de escribir —el horizonte— y el teclado de tu sonrisa llenando de letras rojas las cartulinas de la ansiedad".

"Escribamos nuestra dicha en los papeles de seda de los crepúsculos andariegos. La tinta transformista cambia de ropa en pocos segundos y atraviesa de colores la telaraña de la sensibilidad".

De las siete copas de vino lírico que libara el poeta como un saludo a la locura de la velocidad, surgen estos cincuenta y nueve poemas en prosa con que se incorpora Tudela al flamante festín literario.

Los sedimentos de su espíritu múltiple hacen a veces amargo el vino; a veces colman de espuma el cristal, chispea y se apaga; es licor áspero y dulce el que chorrea de esa prosa "nacida en desasiegos y germinada de agonías".

Ricardo Tudela no podía mantenerse como un simple espectador delante de la pista donde la bufonada y lo trágico se confunden con la quietud y la cabriola.

Mañana, él se marchará a otro sitio, cargado de libros, de bondad, de fe, y ¡quién sabe! por ahí hay una página en la que dice: "hay que correr. Quizás, también tenga que dar un gran salto... Me encuentro alerta para ello. No quiero que se avergüencen de mí los hombres que están en pie desde antes de nacer".

Mientras Tudela redacta su abdicación al romanticismo en Mendoza, la serena provincia andina, la tierra de los viñedos y los paisajes, Ernesto Morales, en Buenos Aires, renuncia a los versos para dedicarse a estudiar en el pasado de las razas que poblaban la América sus leyendas y costumbres.

En 1919, Morales —autor de tres tomos de versos— desempeñaba un puesto en uno de los departamentos del Banco de la Nación Argentina. Pero lo cogió la literatura, el amor, y abandonó sus funciones burocráticas, constituyó un hogar y se dio a escribir libros, libros.

Es un trabajador infatigable, tenaz. A la fecha, Morales que no pasa de los treinta años, tiene once volúmenes publicados; tres de ellos de verso, dos libros de cuentos, dos de estudios literarios, y luego cuatro de narraciones y estudios prehistóricos.

Morales puede señalarse como un caso excepcional entre los escritores de su época. Nació, como los predestinados, en un plano del que no ha descendido ni ascendido jamás. Su estilo, correcto, mesurado, no ha sufrido las tiranías de la moda, ni influencias de autor alguno, ni la de ninguna escuela.

Y esto no se consigue fácilmente, a menos de que se trate de un caso de notoria mediocridad.

De "El Soyal de mi Espíritu", aparecido en 1914, con prólogo de José Enrique Rodó, Ernesto Morales ha andado un trecho largo, publicando revistas literarias, cuentos infantiles, antologías, ediciones populares de obras famosas, estudios, crítica. Y lo ha hecho bien.

No conozco de los últimos libros de Morales más que estas "Enseñanzas de Pacaric", y una que otra noticia crítica acerca de las anteriores.

Pacaric —lo que renace—, lo que vuelve, la aurora— corresponde al nombre de un inca muy sabio cuya palabra floreció en la enseñanza del apólogo y en el ejemplo de la fábula, en tiempos de Pachacutec, noveno soberano de la dinastía, el que se distinguió por su afición a las cosas del espíritu.

Morales, después de pacientes estudios, ha logrado reunir las leyendas de la época, tan ricas de color, tan profundas, tan sabias.

La muerte, el odio, la envidia, el valor la astucia, lo bueno y lo malo, son en boca de Pacaric y sus contemporáneos, síntesis admirables de sabiduría; fuentes de inspiración, venero de enseñanzas.

Morales, con el minimum de literatura, ha conseguido hacer un hermoso libro, un libro útil, interesante, ameno.

Con muchas imágenes esta recopilación de ejemplos, diálogos, fábulas y canciones quichuas habrían resultado fastidiosas. Pero Morales ha tenido el buen gusto de no caer en la aridez científica ni en la pedantería literaria.

En el Uruguay, Montiel Ballesteros ha bordado fábulas admirables alrededor de las cosas de su tierra. Como Morales, el poeta oriental es un apasionado admirador del terruño, un admirador de la América y de sus tradiciones.

En Chile poco o nada se ha hecho en favor de este género literario, del que seguramente Morales es un creador, como lo fué Ricardo Palma en el Perú.

ALBERTO ROMERO.